

Además...

TOBIAS CANALES

por Roberto Prieto García

WO, no señora, así no fué la cosa. Tobias era un hombre menudito, con la piel color tierra áspera y pegada a los huesos. Los ojillos llorosos de tanto soplar el fogón en que hacía sus chicharrones y frituras. No salía al pueblo más que los sábados. Se instalaba allí, cerquita de aquel palo de guaba, ¿lo ve Señora? con su batea de frituras que rezumaba grasa por todas las rendijas. Todos en el pueblo lo querían. No se metía con nadie, y para cada uno tenía una palabra cariñosa. Algunas veces venía con su hija, dicen que era guapa la moza, y mientras ella cuidaba de la venta él se iba a mercar algunas cosillas: fósforos, tabaco, café. No, no señora, la esposa de Tobias había muerto a consecuencia del parto, y él vivía solo, consagrado por entero a su hija. En la tardecita se les podía ver, del brazo como unos novios, camino del ranchito.

De todo esto que le estoy contando, doñita, hace muchos años. No había puente, y, para sacar los granos, las carretas debían de dar la vuelta por aquellos cerros que se ven allá. Cuando vino un cambio de gobierno, el nuevo político, Dios lo tenga en la gloria a don Alejo, se empeñó en construir el puente. Hizo varios viajes a la capital, y tanto se meó, y habló con tanto ministro, que al fin ellos se decidieron y mandaron un ingeniero, quesque para que estudiara de cerca las necesidades del pueblo, para ver si valía la pena de hacer el puente. Se llamaba don Ovidio, y era alto y bien plantado, pero con un grave defecto: le gustaba el trago. La caña es buena, con moderación, pero aquel hombre bebía como si el guaro se fuera a acabar. Total, decía, no se hizo para lavar maíz.

Ende que llegó, un sábado, le gustó la hija de Tobias, y comenzó a hacerle piruetas y piropearla. Aquello no le gustó a Tobias que, como un perro fiel, rondaba a la muchacha. La quería más que a sus ojos, y con su sonrisita de tonto le hizo saber a don Ovidio que no era de su gusto el jueguito aquel.

Peor la cosa señora, el hombre echándose para atrás le respondió de mala manera. Ya Ud. sabe el cuento aquel de que la mujer es fuego, el hombre estopa, y el viento sopla, pues esta vez el día había soplado y duro, el in-

genierito del cuento se le había metido entre ceja y ceja la muchacha.

Pues como le decía, el machito le respondió de mala manera, y como el vejete se plantara pasó de las palabras a los hechos, y de un fuerte empujón lo hizo rodar por el suelo. Tobias, impasible, se levantó, y dando media vuelta se alejó para su casa. En el pueblo no se le dió mayor importancia al asunto, aunque casi nadie, como no fuera por necesidad, le cruzaba palabra a don Ovidio, y esto por cariño a don Alejo, el político, que todos sabían como estaba de empeñado en que se hiciera el puente, y si el hombre aquel se enojaba, los malinformaba a todos, y adiós mis flores con el dichoso puentecito.

Don Ovidio siguió tomando en la taquilla. Al otro sábado, al ver que Tobias no llegaba, se informó de donde vivía, y, el que lo informó, agregó a guisa de complemento, que el viejo se iba los domingos al vecino pueblo a pasar la mañana a casa de una hermana suya.

La siguiente mañana vió a don Ovidio, muy temprano, tomar rumbo al rancho...

Cuando Tobias regresó de casa

de su hermana ya era demasiado tarde para remediar nada. Llorosa y convulsa, la muchacha le relató, con sencillez conmovedora el ataque bárbaro del macho. No había podido hacer nada. El rancho estaba en un paraje solitario y la montaña se había tragado sus quejas.

Tobias la escuchó cabizbajo, y luego, sin musitar palabra, sin hacer caso de las llamadas de su hija, se alejó hacia el pueblo...

Todos llevamos dentro, señora, o un perro sarnoso, acostumbra a llevar palos y dar la llamada por respuesta metiendo el rabo entre las piernas, o un tigre furioso, dispuesto a devolver golpe por golpe. Tobias se sentía un poco culpable de lo que le había sucedido a su hija; no debía haberla dejado sola sabiendo que don Ovidio andaba detrás de ella, y se dió cuenta de que, aferrada a las cuatro esquinas de su alma, se despertaba la fiera alimaña...

Y así, mientras caminaba, le acariciaba la punta al filoso puñal que llevaba entre la bolsa, y cada vez que la tocaba, un pequeño estremecimiento, casi de placer, le recorría el cuerpo.

Cuando llegó al pueblo, se dirigió a la taquilla, y calladito se le acercó a don Ovidio, que, des-

confiado se regodeaba con una copa entre las manos. Con un salto felino Tobias se enjorquetó en la espalda del hombre, y, una vez allí, con furia infinita le clavó el puñal una y otra vez, mientras murmuraba frases incoherentes, de las cuales se llegaba a entender: "Con la motica no, Jodido". Don Ovidio, con un ronquido agónico en su pecho, corría de un lado a otro, era fuerte el hombre, pero más fuerte era el odio del viejo. Al fin, con un postrer quejido se desplomó inmóvil en un rincón, pero Tobias no se desprendía del cuerpo ya sin vida y continuaba hundiendo su cuchillo con furia inaudita. Cuando al fin se lo lograron quitar, parecía que había matado un choncho, estaba bañado en sangre, y sangre había por todos lados, en las ventanas, por todo el piso, y hasta en los horcones del techo. Treinta y seis puñaladas se podían contar con toda claridad en el cuerpo del caído...

Como el ingeniero era gente importante, al otro día vino la policía y se llevaron al viejo, que no había querido huir, a pesar de que se lo habían aconsejado todos. Allá en la capital lo juzgaron y ya nunca más volvió...

SUPLEMENTO DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:—

- * TOBIAS CANALES (Cuento), por Roberto Prieto García.
- * UNAS PALABRAS SOBRE LI TAI PQ, por Marcelo de Juan.
- * BEATRIZ (Fragmento de la Divina Comedia), por Dante Aligheri.
- * Clásicos Costarricenses, POR LA HUMANIDAD, por don Florencio del Castillo.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.
- * CRONICAS DEL JAPON, por Clara Odilia Vargas de Scruer.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * Los libros y los días: WRIGTH Y SU ÚLTIMA NOVELA NEGRA, por Ramón Sender.
- * EL CANTON DE LIBERIA (Reportaje Gráfico de Francisca Coto).

San José, Costa Rica, 27 de Junio de 1953.

Nº 55



por MARCELA DE JUAN
(Ma cé Hwang)



O se puede hablar de la poesía china durante la dinastía Tang sin dedicar unas palabras al insigne Li Po. "En aquella época —observa un crítico—, cada hombre era un poeta". Esto no es una sátira, puesto que eran 2.300 los poetas de renombre bajo dicha dinastía.

Ahora bien: ser uno de tantos en la interminable lista de los poetas de aquel periodo, quizás no represente gran cosa; mas ser el primero, el elegido entre todos los soldados de ese colosal ejército de inmortales, es, ciertamente, una singular distinción y un raro honor. Este favorecido de los dioses, este ser excepcional, fué Li Tai Po o Li Po, que vivió bajo el reinado del famoso Emperador Hsuan Tsung, gozó de sus favores—y luego de su rencor—, siendo incluso condenado a muerte por el ilustre príncipe.

Cuentan que fué en el año 742 cuando Li Po entró en Chang-an, la dorada metrópoli en aquellos largos y prósperos años en que empezara la Era de Tien-pao, cuando la Corte de Hsuan Tsung alcanzaba el pináculo de su esplendor y brillantez. Li Po fué a mostrar sus versos al Príncipe de la Corona H'Chi Chang, y el jovial cortesano halló tanto placer en su lectura, que mandó servir el vino caliente al recién llegado en su propia ánfora de oro. Más tarde dijo al Emperador: "Tengo en mi casa quizá al más grande poeta que jamás existiera. Hasta ahora no me atreví a hablar de él a Vuestra Majestad, porque padece de un defecto: bebe, y a veces, con exceso. Pero sus poemas son tan bellos, en verdad, que el Emperador, juzgará por sí mismo". Y al decir estas palabras sacaba el manuscrito de los pliegues de su larga manga y lo entregaba al Hijo del Cielo. "Traedme al autor de estos poemas", exclamó el Monarca después de haber leído. Así cuenta la historia la entrada de Li Tai Po en palacio. Otra versión dice que lo trajo un día la princesa Yu Chen. Como quiera que fuese, es el caso que Li Po fué recibido en audiencia en el Gran Salón de las Campanillas Doradas. Y tanto gustó su discurso, que lo invitaron a la Mesa de las Siete Joyas, asignándole una cátedra en la Universidad de Han Ling. Dícese luego q' estando ebrio un día, componiendo aquellos hermosos cantos al vino, fué llamado a la presencia imperial. Los cortesanos lo arrastraron a palacio e hizo aquel día los tres famosos poemas alabando la belleza de la célebre favorita Yang Kuei Fei, que cantara el conocido vocalista Li Huei Nien y el Emperador en persona acompañara con su flautín de jade.

Pero el poderoso ennuco Kád Li Shieh persuadió a la favorita que el poeta encerraba maliciosa sátira en sus versos al compararla a la belleza de la corte de Han "Golondrina Volante" y Li Po tuvo que expresar el deseo de retirarse a la montaña para meditar en la soledad. Entonces, durante diez años, el poeta llevara una vida errante donde las tabernas y el vino juegan el papel principal.

Como Woodsworth, Li Po buscaba la soledad de las montañas. Era amante de la naturaleza. Pa-

MONTE TONG KUAN

*¡Cuánto amo el monte Tong! Es mi alegría.
Pasaría en él cien años sin pensar en la vuelta.
Me gustaría danzar agitando mis mangas
y, de una sola vez, rozar todas las copas de los pinos.*

LI TAI PO. Dinastía T'ang
Siglo VIII

CANTO A LA DESOLACION

*¡Cuánto podrá durar para nosotros
el disfrute del oro, la posesión del jade?
Cien años cuando más; este es el término
de la esperanza máxima.
Vivir y morir luego; he aquí la sola
seguridad del hombre.*

*Escuchad, allá lejos bajo los rayos de la luna,
al mono acurrucado y solo
llorar sobre las tumbas.
Y ahora llenad mis copas: es el momento
de vaciarla de un trago.*

LI TAI PO. Dinastía T'ang
Siglo VIII

MOMENTO

*El sacerdote budista de Chu tiene una mandolina
Baja, por el Oeste, del Monte de las Cajas
y toca en honor mío.
Los brillantes sonidos semejan el murmullo
de una selva de pinos pulsada por el viento.
Y mi corazón se purifica, lavado en el agua del río.
La armoniosa melodía concierta con el lejano tañer de la campana.*

*Lenta, insensiblemente, va cayendo el crepúsculo,
y los montes se estuman en la suave neblina.*

LI TAI PO. Dinastía T'ang
Siglo VIII

POEMAS DE LA FUGACIDAD DEL TIEMPO

*Ni el agua que transcurre torna a su manantial,
ni la flor desprendida de su tallo
vuelve jamás al árbol que la dejó caer.*

*Aquí fué la morada antigua del rey de Wou:
libre crece la hierba hoy sobre sus ruinas.
Más lejos, el inmenso palacio de los T'siang,
año tan suntuoso y tan temido.
Todo eso fué y no es, todo llega a su término.
Los hechos y los hombres viajan hacia el morir;
como pasan las aguas del río Azul
a perderse en el mar.*

III

*Fugitivo relámpago es la vida,
que apenas si da tiempo a sentir su pasar.
Inmutable es la faz de la tierra y del cielo,
mas cuán súbito el cambio de nuestro propio rostro.*

LI TAI PO. Dinastía T'ang
Siglo VIII

DE FU TU A LI TAI PO

*Ya tres noches seguidas he soñado contigo.
Estabas a mi puerta,
pasándote la mano por el blanco cabello,
como si una gran pena te acibarase el alma...*

*Al cabo de diez mil años,
no tendrás otro premio que el inútil
de la inmortalidad.*

FU TU. Dinastía T'ang
Siglo VIII

ra él, el pico de Lu Shan, o el hondo valle de otoño, eran como una casa confortable donde se sentía libre para beber y cantar, dormir y meditar. Pasó la mayor parte de su vida al aire libre, por los campos, a la sombra de los árboles floridos y bajo la luz de las estrellas, escribiendo sus innumerables poemas, que son la expresión espontánea de su alma, correspondiendo a la canción de los malvices o a la llamada de alguna cascada en lontananza. Su profundo sentido de la natu-

raleza pertenecía a un modo que no hemos penetrado aun.

Los biógrafos no se ponen de acuerdo sobre la manera en que abandonara nuestro planeta. Su muerte está rodeada de cierto misterio. Una versión afirma que, paseando un día en barco, ebrio como de costumbre, inclinóse de maslado con intención de abrazar a la luna que reflejaban las limpidas aguas del lago, y pereció ahogado. Sería una lástima que fuera una leyenda. ¡Qué muerte más bella para un poeta!

LUCERO SIN ORILLAS, por German Pardo García. Ediciones "Cuadernos Americanos". México 128 páginas.

Culmina con "Lucero sin orillas" la producción de Germán Pardo García, el distinguido poeta colombiano, cuyas creaciones confirman el juicio del insigne Enrique González Martínez: "La obra poética de Germán Pardo García es uno de los más altos ejemplos de América".

A través de su extensa obra —que se inicia en 1930, con la publicación de "Voluntad" y hasta su último libro "Lucero sin orillas"—, hay un hilo conductor que comunica las épocas líricas del autor: ese hilo es la fidelidad del poeta a su concepción cósmica. Quien leyere su obra sentirá, a medida que en ella se adentre, que el viento, la luz, la tierra, se animan en su palabra y cobran sorprendentes atributos. Con los elementos animados, las imágenes son convocadas constantemente al misterio y se establece un ambiente donde lo humano alcanza cualidades de consubstanciación con la naturaleza.

En su mística poética tiene lugar la liturgia de un dolor no común, purificado en fuegos tan espirituales, que la angustia se manifiesta cesi serena.

Sus poemas "Apoteosis de la Soledad" y "Ultimo Sol sobre las Cumbres" están investidos de la jerarquía lírica de los himnos; ahí, el poeta, con armonía y seguridad, resuelve la catarsis de la tónica, el acento mayor y el mensaje humano.

Germán Pardo García, el hombre, se ha disciplinado al poeta, y aun en sus poemas de extracción más íntima, hay un desprendimiento esencial que se sobrepone a todo motivo menor.

Su idioma crea, por medio de la suntuosidad, una atmósfera elevada, del más limpio linaje poético. Su producción en general trasciende el amor que le identifica con ciertas expresiones, hasta hacerlas distintivas de su vocabulario. Palabras hay que hace tan suyas, que se funden con el misterio de su creación y constituyen esencias espirituales de su paisaje interno, donde campear las imágenes, diáfanos ya, de asolaciones y ruinas.

"Lucero sin Orillas" es uno de los libros más desgarradoramente humanos que Germán Pardo García haya publicado hasta ahora, acendra la íntima tragedia del autor, quien en ella vive como en ambiente cotidiano; pero no se ve, se vislumbra, como las difusiones de la luz que matizan la penumbra de las tumbas antiguas agrietadas por el tiempo.

Nada es necesario añadir con respecto a la perfección técnica del poeta, porque ésta queda de manifiesto en cada línea de su admirable producción, cuya última muestra es este volumen que "Cuadernos Americanos" confía al lector.



EL MERCADO

M

El cocero. Parece un enorme a m o n t o n a m i e n t o de utracas y de Joras. El valcén de los guiles, presenta un sin número de movimientos y de colores. La

La cocinera de la vendedora de los choyos, está cerca de los cubos de los choyos que brillan sobre la mesa de una cocinera francesa. En el departamento de las carnes se oye un golpear de huesos, entre la roja decoración de las carnes rojadas. El hueso blanco, sobresale, entre la púrpura quemada, en el opaco y oscuro carolín de los tajados ondulantes. El carnicero corta, y vende: — Es un robusto hombre que maneja un largo cuchillo filoso, ya un viejecito paríachi, que da que murmurar a los compradores, por dar más amorada la libra de tomo.

Entre los vendedores de legumbres, resaltan las jovencitas que llaman al comprador con una sonrieta. — Vainicas, señor! Chayotes, señor!

Descalzas, con su vestido limpio, la rabellera arreglada, pelada, las caras rosadas, los brazos desnudos, ellas atraen y son simpáticas. Una tiene catorce años. Las dos colinas del país de la maternidad, apenas alcanzan sus cimas encantadoras. — Vainicas, chayotes, señor!

Bien las jóvenes cuando pasa algún cocinero ridículo, algún chuchero que lleva a arrastrar una chancleta vieja.

La natilla con su blancura manificada, y entallada, llama al apéto, en las ollas de barro, junto al queso marmoreo, que da su olor en cubos encuadrados, de apretada, maciza carneón.

La que vende es una muchacha morena, que alza sus gordos brazos para ver lo que señala el fiel de la balanza. Suenan tras ella fragmentos de frases, llamadas, ríos, murmullos, risas, el hervor del apañado hormiguero humano que va a buscar el alimento de los hogares josefinos.

Las "truchas" ostentan sus flacos y chucherías, colorines, pasafuegos. En un mollejo, cerca del zalerón central, un campesino afila su machete.

Monótono, chillón, lleva el vien

lo el crido del negro: Cacaen un mil. ¡Pobalero, ero, ero, ero!

De pronto se ve una dama hermosa, una linda niña, un niño de rosa y cielo.

Arriba, desde un fondo de estado, rae, serena, blanca, la luz del sol.

Diario del Comercio 1-XII-1891

LA ESTACION

Vino el tren de Limón o de Magdalena. Siempre se anuncia lo mismo. Es el pitazo agudo y fatigado del descalabrado cuerpo de la locomotora que se queja, flairea y auelgno sobre! ¡Pobrecito acarre! El pitón de la caldera apenas resiste. El músculo de la palanca apenas tiene juego. Cuando la chimenea, hay de la pipa vieja, echa el humo, uno dice con toda convicción, es una barbaridad que ese Congreso no haya decretado ya la autorización para el empréstito. ET, PUR CAUSE!

Los carruajes de Warren hacen sus negros y fiecos charolados, sus "atrayentes" barnices; y los caballos yankees del más simpático de los MACHOS mueven las crines orgullosamente, cerca de los desastrosos cocheros de los bieloches despreciables. Brados por famelgos ríñans y entristecedores.

La estación con sus extensas galerías y sus corredores abiertos presenta en techumbre sobre el fondo de los cerros lebanos y ondulados. En las cascas vecinas hay mujeres bonitas. Al rededor clarifican los muchachos pillos y alegres, sus propuestas para llevar las valijas.

Es que ha llegado el tren. Baján en confusión los pasajeros. Un cochero agita, y hace sonar su fusta.

En la cantina de enfrente, dos viajeros beben su trago. Estallan los apollinaris, no lejos. Hay hincamientos por todas partes: hincamientos negros.

Como el tren acaba de llegar y jadea, la pregunta es la siguiente: — Cuantos muertos?

Diario del Comercio, 13-XII-1891

EL PARQUE CENTRAL

En las ramas de los árboles dorostales saltan y chillan las arañas.



L

A palabra "Caridad" viene una etimología muy interesante. Se deriva del término griego "charis", que se traduce por "gracia" y expresa sobre todo su sentido original de eudaimonia, interés profundamente espiritual.

La caridad es una virtud teológica, que viene directamente de Dios, y a diferencia de las virtudes cardinales es algo más que un hábito adquirido; es una disposición que se realiza por el don de la gracia. La caridad se consume en Dios, y si San Juan dice que Dios es caridad, quiere indicar con esto que el fin último, la realización perfecta, de esa virtud solo se encuentra en Dios.

Si pues, la virtud teológica es interior y tiene por objeto a Dios, se refleja en la vida con tanta mayor intensidad, cuanto más elevado y profundo sea su fervor interior. En el alma llena de caridad se siente inundada por el gozo y es feliz en todas las manifestaciones de la caridad. Aquel que ama está contento y en su amor, despliega su bondad a todo el mundo; todo él es agradable y su gozo le da un dinamismo y expansión, que juntos operan un desprendimiento que libera.

Por esta razón la caridad, virtud teocéntrica, llega a ser espontáneamente virtud humana y social, porque la grandeza y sensibilidad de corazón de aquel que es feliz y ama, describe con facilidad el dolor y las lágrimas del que sufre. Así nos lo advierte San Juan: "Pues el que no ama a su hermano a quien ve, a Dios a quien no ve ¿cómo podrá amarlo?" (Juan 1:7-9). He aquí el punto en donde la caridad llega a ser virtud social.

San Pablo enumera todos los aspectos de la caridad, pensando en ella como virtud social. La caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitadamente, no se ensorberce, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, complácese en la verdad. (1 Cor. 13:4-7).

En su carácter social, la caridad tiene una relación muy estrecha con el Servicio Social, y se nos ocurre pensar de qué modo podría aquella perfeccionar a este, ya sea como actitud interior, o en su expresión exterior. Como disposición interior, la caridad como virtud de lo Alto que recibimos gratuitamente al aspirar a ella, esta caridad es una verdadera sublimación; se trata en este caso de un perfeccionamiento del yo, e indirectamente, de nuestra psicología, cuyo resultado es un refinamiento de nuestra "personalidad" con un desarrollo sensible de la conciencia y la victoria más amplia posible sobre el egoísmo.

Exteriormente la caridad aporta un perfeccionamiento en las relaciones con los semejantes y conduce al respeto y a la consideración. Ella da la intuición de sus necesidades, y antes de poner en práctica toda penetración de orden técnico.

En la doble manera de actuar interior y exteriormente la caridad por su sobrenaturalidad sublime interviene positivamente a dar un alma al Servicio Social y a espiritualizar su técnica.

Por FRANCISCO HEFFELFA

Hay abajo helechos, césped recortado, una que otra rosa; no he llegado a ver una sola violeta.

Por las mañanas van allí las víveras. Los niños, alegres y rínicos, respiran el ambiente sa-so en que el colibri mueve sus alas tan rápido que ya parece una flor, ya una mariposa. No es raro ver damas hermosas a lo largo de las avenidas. Hay una rubia fresca y linda que va casi siempre, y que al pasar cerca de un rosal, el rosal la saluda: "Buenos días, Señorita".

En el centro del parque, no lejos de la pila donde el amor de bronce cabalga en el cisne, monosilaban las zacamayas pomposas, con su voz monaca y su paso pesado. Cuando suben a alguna corta altura, para descender se apoyan en su pico óseo y corvo. A veces tiene razón en murmurar sordamente: un día he visto a un niño zarrapastroso disputar con ellas una papa cocida.

Rey solitario y prisionero, el rey de zopilotes, se deja contemplar, mueve la cabeza con dignidad y parpadea verticalmente, en su holgada jaula de alambre. El quiosco desgarrado merece un vistazo; en él suena la música, y bajo su techo cóncavo, anuncia Camilo el premio gordo de la lotería.

Cuando en las tardes doradas van las josefinas a las retretas, hay un encantador desfile alrededor del paseor entre las bellas resplandecen las admirables. Tu, como una princesa im-

bios y haces temblar a más de un adorador con tu divina y negra mirada; tú, serena, blanca, que miras con cierto desdén, y caminas con el PATUM DEA del poeta pagano; tú, adorable, graciosa, casi infantil, rosada y picaresca española y parisienne, que entrecieras los ojos a través de tus espejuelos; tú, PETITE PENSIONNAIRE cuyo traje descendió tuen tras tu belleza aumentada; tú, ahora, hermosa entre las herminas, reina de quien fuera páje un príncipe; tú, quince años, paloma, lirio, estrella de juventud, tú, perla, conquistadora de almas que tras las rejas de bronce del deber, demuestras tu bello oriente y tus irresistibles atracciones. Tú, botón de rosa, y tú prima, rosa intacta y primaveral; y tú, tú, ante quien siento el sagrado terror de la belleza, a quien no se puede ver frente a frente, y cuyos ojos tienen el prestigio formidable de los hordos abis, más.

Cuando la noche llega, se encierra el parque. Queda en silencio lleno de la sutil y aromada emanación de tantas flores vivas. Y al amanecer Dios, cuando llega el jardinero, colibríes y abejas recorren con afán las avenidas, todavía embalsamadas por el suave efluvio, y se hacen en su de ola ción esta pregunta:

En donde están las rosas que han esparcido en este mundo tan inefable perfume?



CUANDO quedaron fijas las luces septentrionales del primer cielo (1), que no conoció jamás ocaso ni oriente, ni otra nube que la del pecado; cielo que enseñaba allí a cada uno por dónde debía marchar, como lo enseña el nuestro al que maneja el timón para marchar con felicidad al puerto; cuando quedó aquel septentrion inmóvil, los santos varones que habían llegado después que aquellas luces y antes que el Grifo, se volvieron hacia el carro como al objeto de su anhelo, y uno de ellos, cual mensajero celeste, tres veces entonó un cántico que decía *veni, sponsa, de Libano* (2), y todos los demás hicieron otro tanto.

Del mismo modo que a la intimación del juicio postrimero se levantarán de pronto los bienaventurados, subiendo cada cual de su sepulcro y celebrando el recuerdo de su voz, así ad *vocem tanti senis* (3) se levantaron sobre el divino carro cien ministros y nuncios de la vida eterna. Todos exclamaban: *Benedictus qui venis* (4) y *Manibus o date lilia plenis* (5), arrojando flores a lo alto y alrededor.

Yo he visto al despuntar el día arrebolado el oriente todo y lo restante del cielo en aparible calma y nacer velada en sombras la faz del Sol, tanto que por largo tiempo le resistía la vista, a favor de los vapores que le enturbiaban. Así, en medio de una nube de flores que esparcían el aire manojos angelicales y que volaban a caer dentro y fuera del carro, coronada de ramas de olivo que ajustaban sobre un candido velo, aparecióseme una belleza de verde manto y de una túnica de color de fuego. Y mi espíritu, que tanto tiempo había pasado sin sentirse abatido y temblando de admiración a su presencia, aunque por medio de los ojos no era posible que la conociese en fuerza de la virtud que de ella procedía, sintió el irresistible impulso de su amor antiguo.

Luego que aquella alta virtud me enseñó a obrar sobre mis sentidos, volvíme a la mano izquierda con la solícita mirada del niño, que acude a su madre cuando siente miedo o está afligido, e iba a decir a Virgilio: —No me queda gota de sangre que en mí no tiemble; conozco las señales de mi antigua llama—. Pero Virgilio me había dejado huérfano; Virgilio, que había sido padre del mismo para mí; Virgilio, a quien se había encomendado mi salvación (6).

Mas todas las delicias que allí perdí nuestra primera madre no impidieron que mis mejillas, enlutadas ya de llanto, tornaran a ver se mojadas por las lágrimas.

—Dante, porque Virgilio se ha ya ausentado no llores así, no llores, por otros punzantes recuerdos deberías llorar.

Como el almirante, que va de popa a proa viendo la gente que manda en los demás navios, y la alienta a mostrar su esfuerzo, así en el costado izquierdo del carro (volviéndome al oír el eco de mi nombre, que por necesidad se expresa aquí), vi a la belleza que antes se me apareció velada entre el angelical festejo dirigir hacia mí sus ojos de estotra parte del río. Y dado que el cenit que desde la cabeza le bababa, rodeado de las ramas de Minerva, no la consintiese mostrarse claro, siguió en su actitud soberana y en su altivez, como el que hablando reserva para el fin los más eficaces razonamientos.

BEATRIZ



Un amor a Beatriz ag es, ni remotamente, el tema central de la Divina Comedia. Es en la *Vita Nuova* donde el Dante pinta su pasión por la mujer a quien adoró desde niño, y a la cual, quizá por no haberla podido alcanzar, idealizó siempre. Pero también en su Comedia inmortal la presencia de Beatriz parece fluir como objetivo final del maravilloso viaje que realiza, en gran parte acompañado por Virgilio, a través de las mansiones sobrenaturales, el limbo, el infierno, el purgatorio, el paraíso. Siendo la Divina Comedia su obra fundamental, hemos preferido, para presentar a Beatriz, tomar de aquellas los fragmentos en que se encuentra con la amada: en el Paraíso Terrenal, que Dante imagina como la antecámara del Paraíso Celestial. El propósito de superación espiritual de su recorrido se pinta expresivamente en los pasajes que reproducimos, así como también la intensidad de su adoración hacia Beatriz, en quien el admirable poeta florentino encarna la perfección humana.

por DANTE ALIGHIERI

«Mirame bien: yo soy, yo soy Beatriz. ¿Cómo te has hecho digno de subir a este monte? ¿No sabes que el hombre encuentra aquí su felicidad?» Inclináronse mis ojos a las claras aguas, y al verme en ellas los volví a la hierba; tal fué la vergüenza que se quedó en mi frente. La madre parece severa a su hijo, y así me pareció ella a mí, porque siempre deja alguna amargura la piedad cuando emplea el rigor.

Calló, y los ángeles empezaron luego a cantar *In te, Domine, speravi*, mas no pasaron de pedes meus (7). Y como en los vivos pinos que erizan la espalda de Italia (8) se congeló la nieve al soplo de los vientos de la Esciavonia, y licuada después corre a través de sí misma impelida por el viento de la Tierra sin sombra (9), que obra a semejanza del fuego que derrite la cera, así permanecía yo ajeno a lágrimas y suspiros, hasta que el canto de aquellos cuyas voces se arponizaban siempre con los tonos de las esferas que están sin cesar girando. Mas cuando por sus dulces acordes comprendí que se compadecían de mí más que al hubiesen dicho: Señora, ¿por qué así le mortificas?, el hielo que se adhirió alrededor de mi corazón se convirtió en sollozos y llanto; saliendo por boca y ojos de mi pecho con la mayor angustia.

Ella, entretanto, manteniéndose impasible en el mismo lado del carro, dirigió estas palabras a los ángeles compasivos: «Vosotros veláis en la eternidad de suerte que ni noche ni sueño os privan de ver los pasos que dan los siglos en su carrera. Por esto en caminaré más bien mi respuesta a los oídos del que gime en aquella orilla, para que su culpa y su dolor lleguen al mismo punto. No sólo por efecto de las constelaciones, que llevan a su fin cada cosa, según las estrellas que la acompañan, sino por liberalidad de la divina gracia, que tan altos condensa los vapores de la lluvia, que nuestra vida no alcanza a ellos, era ese virtualmente de índole tal en sus primeros años, que hubiera arraigado en él con admirable fuerza cualquier buen hábito. Pero el terreno mal sembrado y no cultivado, tanto más ingrato y salvaje llega a hacerse cuanto es más fértil y vigoroso. Sostévale algún tiempo con mis miradas, y mostrándole mi semblante juvenil, le llevaba conmigo hacia buena parte. Mas apenas estuve en el umbral de mi segunda edad y cambio de vida, se apartó de mí y se entregó a otro afecto. Cuando de cuerpo me convertí en espíritu, creciéndome en hermosura tanto como en virtud, fui para él menos amada y grata. Extraviáronse mis pas-

os, por erradas sendas, yendo tras las falaces sombras del bien, que ninguna de sus promesas dan cumplida. Ni me sirvió recabar para el santas inspiraciones, a las que, ya en sueños, ya despierto, hice por atraerle; con tal menosprecio las recibía; y llegó a tal estado de perdición, que para salvarle eran todos los remedios ineficaces, y sólo restaba poner ante él la vista a los condenados. Por esto visité los umbrales de los muertos e interese con mis lágrimas al que hasta aquí le ha conducido. Pero se hubieran quebrantado los altos decretos de Dios, pasando el Leteo y gustando de sus dulzuras si no se tributase en pago el arrepentimiento que mueve a derramar lágrimas.

II

«Oh tú, que estás al otro lado del río, continuó diciendo sin más interrupción y volviendo hacia mí el dardo de sus palabras, que tan agudo me pareció, aunhiriéndome de rechazo, di, di si no es verdad esto, porque a tal acusación es menester que vaya tu confesión unida.»

Mas era tanta la poquedad de mis facultades, que al emitir mi voz quedó ahogada antes de que saliese de mi garganta.

Calló unos momentos, y después dijo: «¿En qué piensas? Respóndeme, que todavía no han borrado tus tristes recuerdos las aguas del Leteo.»

La confusión y el miedo a la vez pusieron en mis labios un sí tan débil, que únicamente a la vista era perceptible.

Como al disparar una ballesta se rompen por demasiada tensión la cuerda y arco, y el tiro da en el blanco con menos fuerza, así cedi yo a la opresión que sentía, rompiendo en lágrimas y suspiros, y se quebrantó mi voz al brotar.

Y ella añadió: «Para secundar mi anhelo, que te encaminaba a amar un bien fuera del cual no es posible aspirar a otro, ¿que thismos o qué montañas se te oponían, tales que deberías renunciar a la esperanza de seguir adelante? ¿Ni qué atractivos o dones bullabas en los demás que te forzasen a rendirles semejante obsequio?»

Di un apargado suspiro, que a penas me dejó aliento para responder; difícilmente podían mis labios articular una palabra; y así sollozando, dije: —Ofrecíanse a mi vista falsos placeres, que extraviaron mis pasos luego que se me ocultó vuestro rostro.

Y ella repuso: «Aunque calles o niegues lo que confiesas, no dejará tu culpa de conocerse. La

do de la propia boca del preso, tal su actuación, en nuestra tribunal del cielo puede ser la espada de justicia. Con todo da que más te avieses a tu error y para que otra vez te revistas de mayor fortaleza cuando oigas a las sirenas, espérate a hora el llanto y escucha, como la muerte que cruzó por carne debía infundirte contrarios pensamientos. Ni la industria ni el arte te brindarán jamás el encanto igual al de los hermosos miembros en que crece el ser y que hoy son de polvo de la tierra. Y si con un mero beso a faltarte tan gran placer, ¿qué cosa mortal podía colmar de sucesivo tus deseos? Al primer revés que experimentaron las dices ilusiones debiste remontarte al cielo en pos de mí, en quien no había semejante engaño de biste en bajar tu vista hasta a tierra para ser blason de otros golpes, de una jovencilla a los otros objetos igualmente vanos de duración efímera. Los apuros recién salidos del río se expresan al primer golpe segundo, una vez, pero en vano se henderedos ni lanzas flechas a los alcuentan ya con robustas alas.

Como los niños, que millos a vergüenza y los ojos hacia anchas la represión y resonando do su falta se arrepienten de ella, tal quedé yo; y ella dijo: «Pues que tanto te duele orme, mira la barba y será más tu dolor misadome.»

Con menos resistencia arrastré robusta encima, ya al aguilón a nuestras regiones, ya el viento de la tierra de larba (1), que la que opuse yo a su mudado de alzar el rostro, pues cuando en voz de éste dijo barba, compositien la malicia de su situación (2). Levanté, pues, la frente y admiraron mis ojos que los ángeles habían cesado de esparcir flores, y aunque turbada aun mi vista, noté que Beatriz volvía la suya hacia el fiero animal que en las distintas naturalezas es una persona sola (3).

Aunque seguía velada y en la orilla opuesta del río de la verde margen parecíame tan superior ahora a su hermosura antigua, cuando lo era entonces a todas las demás bellezas, y tan vivo sentí el aguijón del temblimiento, que de todas las otras cosas la que más se inclinó a mi amor hizoseme más aborrecible, y de tal manera se apretó este afecto de mi corazón, que caló sentido, y hasta que punto sí, belo sólo la que ocasionó mi pena.

Después, cuando el mismo corazón te restituyó el goce de mis sentidos externos, hallame al lado de una joven que encontré sola, la cual me decía: «Cogete a mí, cógete. Me había introducido en el río hasta la garganta y arrastrándome en pos, iba deslizándose sobre el agua más veloz que una lanzadera. Y cuando estuve cerca de la dichosa orilla, oí cantar tan dulcemente. Después me (4), que no me es posible recordarlo, y menos todavía escribirlo. Alargó los brazos la bella joven, me abrazó la cabeza y me sumergió de modo que tuve que tragar el agua, después de lo cual me sacó presentándome así bañado a las cuatro hermosas que estaban bailando, de la una de las cuales me cubría con sus brazos (5).

«Aquí somos niños, y en el cielo, estrellas; y antes que Beatriz descendiese al mundo fuimos destinadas a acompañarla. Te he vestidas a su presencia, mas para que puedas soportar la luz de sus ojos prepararon los luyos aquellas tres que están a ti (6) y tienen vista más penetrante.»

Así me dijeron cantando, y seguidamente me acercaron al río.

POR LA HUMANA

Don Florencio del Castillo en las Cortes de Cadix 1812.

El 4 de abril, don Florencio del Castillo presentó ante las Cortes el problema de la explotación del trabajo de los indios. He aquí su proposición:

... Nada servirá el decreto de V. M. para que no se cometan vejaciones con indios... El Código de Indias abunda de semejantes disposiciones... Para remedio de tan gran mal, he llamado toda la atención sobre las siguientes proposiciones...

El objeto de mi primera proposición se reduce a que se prohiban absolutamente los repartimientos de indios que se hacen para trabajar en las minas y haciendas. Semejantes repartimientos con unas gabelas de sangre humana más terribles que todos los tributos pecuniarios... Sobre el contenido de mi segunda proposición, hay una disposición legal por la que está derogado el servicio personal que los indios dan a sus señores...

Sobre el contenido de mi segunda proposición, hay una disposición legal por la que está derogado el servicio personal que los indios dan a sus señores... Mi tercera proposición es notoriamente justa, supuesto que las cargas públicas deben repartirse con igualdad sobre todos los vecinos... La quinta proposición se reduce a evitar la pérdida de un crecido número de jornales que se pierden por emplearse muchos indios en el servicio de cofradías y sacristías...

... arduarse en el año de su destino, por no trabajar ni tener sueldo, se atrevidieron al ocio y miran con horror el trabajo después de haber vegetado un año entero.

La sexta tiene el objeto de promover la ilustración en los indios, es además muy justo, y aun que está muy recomendada por nuestras leyes, no se observa por lo que es necesario fijar el número de becas que indispensablemente se haya de proveer en indios.

El debate sobre la abolición de las mitas y demás proposiciones hechas por don Florencio Del Castillo se abrió el 21 de octubre siguiente. Después de leídos los informes de las comisiones acerca de las mismas, hizo uso de la palabra don Florencio como sigue:

Señor: Constituido en la obligación de mirar por el bien y felicidad de los pueblos, creí de mi deber proponer la abolición de las mitas y de toda servidumbre personal que por tanto tiempo y con tanta injusticia han sido vejados los miserables indios. Creí que era indispensable remover todos los obstáculos que se oponen a la felicidad de la nación, para que fructifiquen las tareas de V. M.

... personal que ha convertido en tributo de sangre humana que ha destruido y casi aniquilado a los miserables indios... En Nueva España era un cuarto por ciento de la población, y en el Perú la séptima parte de los vecinos. He aquí una idea sencilla de la injusticia, sin hablar de sus abusos: instituir la más injusta, la más cruel la más inhumana, por lo que quiera conserarse con los viciosos pretextos de la gentilidad de los indios y de la falta de operarios que se experimenta en aquellos países. Las mitas son contrarias a los principios más



para coger los frutos oportunos que una Constitución debe producir a su tiempo, es decir, después de planteado es necesario derogar aquellas leyes o estatutos que sien do efecto de un sistema arbitrario están en absoluta contradicción con los principios sancionados en ella.

Hablo, Señor, en esta materia con toda la seguridad que me inspira la justicia de mi causa y con toda la confianza que me ofrece la rectitud y la ilustración del Congreso; hablo por la humanidad paciente; hablo por los afligidos indios, por los indígenas del Nuevo Mundo que por tantos títulos son acreedores a nuestra consideración, y hablo para que se ponga fin y término a los males y vejaciones que sufren. La idea sólo de la mita hará estremitarse ella en sus...

esenciales de toda sociedad y los motivos en que se apoya su institución son pretextos que, o no existieron, o han cesado en el día.

Todas las leyes que atacan a los principales derechos del hombre en sociedad son contrarias a los fines de la misma sociedad, pues las mitas atacan y destruyen la libertad civil, el derecho de propiedad y la seguridad individual de los infelices que viven bajo su yugo. Entiendo por libertad civil la independencia ajena, la facultad de hacer todo cuanto no esté prohibido por la razón y leyes del país. Pues las mitas sometiendo a los indios a la voluntad arbitraria, les privan de esta libertad, que es el idolo de los hombres, y los reducen a abandonar sus hogares y a separarse de sus familias...

... de sus... al trabajo... o al... Y... propiedad... tiempo... que se... vidual... súbditos... Todo... describe... tranquilo... de su... incompromiso... que la... ella le... forma... Mas el... su lugar... da equivo... os no para... ra, sus...

647



ACIO en el antiguo pueblo de Ujarrés de Cartago el 27 de octubre de 1778. A fines del siglo XVIII fue enviado al Seminario Conciliar de León de Nicaragua donde obtuvo el grado de Bachiller en 1801. De regreso a Costa Rica, prestó algunos servicios eclesiásticos en Alajuela, volvió a León en 1807, donde ocupó el cargo de Vice-Rector y catedrático de Filosofía del Seminario Tridentino.

El 6 de noviembre de 1810 fue electo Diputado por Costa Rica a las Cortes de Cádiz, siendo uno de las figuras más destacadas, desempeñó la Secretaría Vicepresidencia y Presidencia.

Meritó honores por su intensa obra humanitaria, de justicia social y política. Falleció en Oaxaca el 26 de noviembre de 1834.

Don Luis Felipe González Flores escribió de él: Puede decirse que fue para los setos desafortunados de América su



gran salvador; para los políticos de verdad un ferviente demócrata; para los historiadores una bellísima fuente inagotable de grandes enseñanzas y para los creyentes, un santo digno de ese nombre.

es para ser empleado en los oficios más penosos de la sociedad y en aquellos ejercicios que más dañan y destruyen la salud. Es la obligación de andar errantes de un lugar a otro, de una ocupación a otra, —será compatible con la seguridad de sus personas? No es esto someter a los indios a una verdadera esclavitud con la diferencia de que los dueños, entre nosotros, no reconocen más que a un solo señor. Pero los indios de hoy no tienen más amo: cuantos son sus jefes, ses curas y jefes.

Creo haber demostrado que las mitas son incomparables con la libertad civil, con la propiedad y con la seguridad individual de los ciudadanos; es decir, que son contrarias a los más preciosos derechos del hombre en sociedad. En vista de esto, no es de extrañar que los indios, cansados de sufrir tantas vejaciones, se retirasen en grandes porciones a los montes a buscar entre las fieras y plantas un asilo a su libertad, sus vidas pobres y desnudos, pero libres e independientes. Estoy muy distante de aprobar el sistema de aquellos misántropos que pretenden poner al hombre frente a los bosques para que se vaya lejos de su mala opinión tan degradante a la especie humana, que confunde al hombre con la bestia. Sé que el hombre ha nacido para vivir en la dulce compañía de sus semejantes; pero también sé que los hombres se reúnen en sociedad para vivir tranquilos y seguros, en el caso de sus personas y bienes, que renunciaron su natural independencia para gozar de una libertad perfecta y moderada por las leyes.

Como pues, ha desubstanciado el tiempo una sociedad cuyos individuos son despojados de aquellos mismos derechos para cuya conservación fue establecida la misma sociedad? —Y que sociedad es aquella que se compone de unos individuos destinados a gobernar y de otros obligados a sufrir y padecer? —Y podrá subsistir mucho tiempo un Estado constituido con esta desigualdad a no ser en un estado violento, es decir, causando la pobreza, la miseria y la degradación de los ciudadanos? Pues estos son los terribles y terribles resultados de las mitas y de las que voy a dar una nueva idea.

Los economistas quieren que se repartan las tierras de una nación entre individuos para darles trabajo, para repararles amor a sus propiedades y estimularlos al trabajo, mas los indios, desde siempre, a caminar adonde se les llama, no pueden tener un arraigo tan justamente en su propiedad, y de consiguiente, no pueden tener amor a sus propiedades. Luego de tener este arraigo para emplearse en agricultura nuestra profesión útil de un todo género de trabajo, de que resulta necesariamente la prosperidad y riqueza y de aquí la deshabitación. Asombra la dimensión de los indios desde que descubierta la América hasta el día. Si se abren las historias se advierte que en cada una de las provincias que hoy existen empobrecidas como tales, se contaban por millones los indios que hoy se hallan reducidos a millares y aun centenares, y en algunas enteramente extinguidos. Si se consultan los monumentos que existen por las partes y a grandes distancias, se ve que las personas que hoy son

serios muchos han sido seguramente las causas de tan enorme despoblación, pero las mitas han sido una de las que más han influido en ello, no solamente reducen a la miseria a los indios, sino también por lo penoso de los trabajos a que se destinan por el exceso de tiempo que se les trata. Cuantos agobios, cuánta pesada carga que, transportaban de un lugar a otro, han perecido en los caminos! Cuantas familias abandonadas por la ausencia de sus cabezas, tan a la víctima del hambre y de la miseria! —Cuantos millares han sido sepultados en aquellas cavernas que los mismos abrieron con sus manos! Pero apartando la vista de estos males físicos, pongámonos en los males morales que han causado las mitas, como son la ignorancia y la rusticidad de los indios.

Dotados los hombres de unas facultades, aquellos hacen mejor uso de ellas, que mejor las han cultivado, de modo que el hombre no debe todo a su educación. Pero los indios no pueden ni recibir ni dar esta educación, único medio de instruir a los hombres. Luego que los indios no pueden recibir educación en su juventud, poco o nada se han enriquecido sus miembros, cuando son destinados al servicio del curato o empleados en otros ejercicios más penosos. Los padres tampoco pueden cumplir con la importante penosísima obligación de educar a sus hijos, y comunicarle sus ideas. Ven aquí de que modo las mitas, transformando y destruyendo los más estrechos vínculos de la sociedad doméstica, influyen en la ignorancia y rusticidad de los indios. Además, la experiencia de más de trescientos años nos ofrece otra prueba de esta verdad. —Que progreso ha hecho la ilustración de los indios en estos tres últimos siglos? —Qué dolor! Lejos de avanzar han retrocedido. Dos son las causas de esta ominosa instrucción primera, la genial apatía de los indios, segunda, la falta de operarlos en aquellos países. En caso de existir este vicio, yo diría que la abolición de las mitas es su remedio. Déjeseles en absoluta libertad, quitéseles su servidumbre tan ominosa, y quienes por un precio justo su jornal y tráteselos con humanidad y ellos mismos se ofrecerán, espontáneamente para los trabajos. El interés, las comodidades y distinciones tendrán lugar en su corazón. No hay que temer que con la abolición de las mitas se acabe la agricultura y cesen las minas.

Pero, ya es tiempo de vindicarse a los indios de la fea nota de perezosos con que han sido infamados por la odiada y la ingratitude. Apelo al testamento de los diputados de América y de las demás señores que han puesto la pesa en aquel Continente. Digo a entre todos los habitantes de aquellos países hay algunos que trabajan más tiempo, con más tesón y en ejercicios más penosos que los indios. No hay género alguno de trabajo donde no se encuentren indios, unos cultivan con sus manos la superficie de la tierra, mientras que otros, su mercadería en las cavernas arrastran los metales, o a unos se les ve en la sombra sentados delante de sus talleres, y a otros atorados bajo una pesada carga que pendiente de sus sienes conducen a largas distancias.

mece cualquier prevención que contra el vicio laborioso de los indios se hubiere concebido. Las mitas son contrarias a los principios de la sociedad: destruyen la libertad civil, la propiedad y la seguridad individual, causan la pobreza, la destrucción y la degradación de los indios; en una palabra, son verdadera servidumbre personal. Décretese pues, su abolición y se restituirá a los indios los derechos de hombres libres de que tan injustamente han sido despojados.

No fueron vanos los esfuerzos del diputado por Costa Rica don Florencio del Castillo al pedir justicia para los indios de América, explotados en su trabajo. El 9 de noviembre de 1812, las Cortes aprobaron la forma de decreto de acuerdo con el dictamen presentado por la comisión ultramarina, que quedó concebido en los siguientes términos:

LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS, deseando remover todos los obstáculos que impidan el uso y ejercicio de la libertad civil de los españoles de Ultramar, y queriendo asimismo promover todos los medios de fomentar la agricultura, la industria y la población de aquellas costas provinciales, han venido en decretar y decretan:

PRIMERO. Quedan abolidas las mitas o mandamientos, o repartimientos de indios y todo servicio personal que bajo de aquellos y otros nombres, presten a los particulares, sin que por medio o pretexto alguno puedan los señores o gobernadores desvirtuar o cumplir a aquellos naturales al expresado servicio.

SEGUNDO. Se declara convalidada en el anterior artículo la mita (con el nombre de Indiguera se conoce en el Perú) y por consiguiente la contraindiguera real anexa a esta práctica.

TERCERO. Quedan también válidos los indios de todo servicio personal o a cualquier otra corporación y a funcionarios públicos, curas, párrocos, a quienes

se como las demás clases.

CUARTO.— Las cargas públicas, como reedificación de casas municipales, composición de caminos, pueblos, etc. de distribuirán entre todos los vecinos de los pueblos de cualquier clase que sean.

QUINTO.— Se repartirán tierras a los indios que sean casados o mayores de veinticuatro años, fuera de la patria potestad, de las inmediatas a los pueblos que no sean de dominio particular o de comunidades, más si las tierras de comunidades fuesen muy cuantiosas con respecto a la población del pueblo a que pertenecen, se repartirá cuando más hasta la mitad de dichas tierras, habiendo entendido en todos estos repartimientos provinciales, las que designarán la porción de terreno que corresponda a cada individuo, según las circunstancias particulares de este y de cada pueblo.

SEXTO.— En todos los colegios de Ultramar donde haya becas de merced, se proveerán algunas en los indios.

SEPTIMO.— Las Cortes encargarán a los Virreyes, gobernadores, intendentes y demás jefes a quienes respectivamente correspondía la ejecución de este decreto, su puntual cumplimiento, declarando que merecerá su desagrado y un severo castigo cualquiera infracción de esta solemne determinación de la voluntad nacional.

OCTAVO.— Ordenan finalmente las Cortes que comunicado este decreto a las autoridades respectivas, se mande también circular a todos los ayuntamientos constitucionales y a todos los curas párrocos, para que leido por tres veces en la misa parroquial, conste a aquellos dignos señores el amor y solicitud paternal con que las Cortes procuran sostener sus derechos y promover su felicidad.

La Real cédula patrocina de la Regencia

Cartas Femeninas

SOBRE UNA MUJER FUERTE

Estimado señor Director:

Es posible, me lo dice, en verdad, que a muchos les parezca inexacta la aplicación del adjetivo "fuerte" a la simpática protagonista de la segunda comedia de nuestro compatriota M. G. Escalante Durán.

A pesar de esa duda, insisto en llamar así a Isabel, la esposa que llena con sus íntimas inquietudes, los cuatro actos de la comedia BRUMA.

No se siente satisfecha en su matrimonio. Su esposo no la atrae, en cuanto ella sabe valer. Se ve conjetura. En la que, su culpabilismo, ha perdido la confianza es ella sin que haya habido motivo alguno para esa actitud en toda forma injusta. No se la deja ni siquiera combinar sus lecturas, cuando de lo simple a lo complejo y volviendo de lo difícil a lo sencillo. No es dueño de elegir sus ocupaciones. Para su marido ella debería ser siempre la misma aun cuando los años van pasando lentamente y aun cuando sus predilecciones se van de modo incesante, sustituyendo las unas por las otras, sin razón alguna para tal sustitución.

Hay celos en lo íntimo del esposo. Sabe sin comprender el honda motivo de su enfermedad espiritual. Si ella quiere algo, saca algo despierta en el día una conversión evidente. En la ciudad, le agrada ese aspecto provinciano que caracteriza los domingos. Prefiere lo tranquilo, lo apacible, seguramente porque la vida íntima de Isabel es de bullicio sano y de inquietudes saturadas de ansias que ella misma no sabe explicar ni explicar.

Con él es difícil enojarse. Así lo dice, y tiene absoluta razón al afirmarlo, don Gastón, el negro amable y comprensivo.

Hay otro que separa, con separación amplia y honda, a aquellas dos almas que crecieron habiendo sido criadas para vivir íntimamente unidas. Ella, mujer fina y refinada, siente preocupación por cuanto en la vida lo merece. Las mismas inquietudes que alteran los nervios sensibles de su marido, le interesan, sobremanera. Él desea hacer de la vida algo demandado serio. Ella pretende transformar todo detalle de la existencia en algo profundamente agradable, mixta angustia de la mujer.

A pesar de los pesares, desea desempeñar, al lado del esposo, su puesto de compañera abnegada. Para ello, dice con sinceridad, femenina, para ella siempre estará esperando. No importa el tener, que cambiar de vida. Ninguna importancia le dará al abandono de costumbres, que siempre ha considerado fundamentales. Si para Enrique, es difícil cambiar, para Isabel, nada es más sencillo siempre que despierte el agrado en su marido.

Para empezar una nueva vida hacen, juntos, un viaje hacia donde haya nieve, mucha nieve, como exclama, con entusiasmo delator, la bella protagonista de la bien trazada comedia costarricense.

Sin embargo, si Isabel se siente capaz de cambiar por completo de rumbo, el esposo, ordenado, disciplinado, rígido en todo lo suyo, no sabe ser feliz, ni sabe cómo es posible llevar la dicha a los espíritus que lo rodean.

Hay, desgraciadamente, quien vela esperando la propia felicidad. Es Jorge, un enamorado de Isabel. Sabe que, entre los esposos, no existe la debida confianza mutua. Sabe además, que la mejor de las maneras de conquistar a una mujer que se siente no comprendida, es la de brindarle esa ansiada comprensión. Ella, inculta, se siente, al principio, llevada hacia el pecado mercedable. Quiere entregarse y sentirse acogida. Pero... y aquí viene la prueba de que es una mujer fuerte, cuando el enamorado cree más segura la caída de Isabel, cuando no falta sino la cita de la inaplazable entrega; en Isabel se impone la propia honradez. Confiesa, para alejar al seductor, que no lo ama, que nunca logrará hacerle amar por ella. Y agrega que no le es posible continuar fingiendo esa postura que hacia sus brazos victoriosos parecía conducirla.

Tiene fuerzas para decirlo. Se siente capaz de separarse de aquel hombre en cuyos labios probó la dulzura amarga del beso, prelude de la vida suprema.

Y cuando Jorge se aleja para siempre, la vemos avanzar un paso hacia el amor que su va; nos parece que ha de lanzar el grito con el que ansia atrarlo de nuevo. Comprendemos, en ese instante, que Isabel ahora a aquel hombre, que su dicha, su íntima felicidad no está sino en la compañía de Jorge.

Y aquella mujer, detiene el gesto que ha de entregarla a la pasión sin frenos, calla el grito que ha de conducirla a la felicidad; apaga sus ansias íntimas; prefiere seguir siendo la esposa fiel, la compañera no comprendida, la mujer fuerte entre todas las fuertes.

Así he comprendido esa comedia que, en el fondo del alma de Isabel, es un profundo y doloroso drama: el de la renuncia voluntaria de todo cuanto constituye para ella la dicha eterna.

En mi próxima, estimado señor Director, es posible que croque la figura inolvidable de uno de nuestros poetas más olvidados, Rafael Estrada.

Con la simpatía de siempre, lo saluda.

LUZ DEL ALBA.

Alcornoque del Valle Nublado en punto de salir a las 12:00.

CECILIA AMIGRETTI

Una vez más de la revista "advertis" de la "Luz del Alba". Una vez más de la revista "advertis" de la "Luz del Alba". Una vez más de la revista "advertis" de la "Luz del Alba".



HAGASE MAS BELLA

¿CÓMO CAMBIAR LA CINTURA?



Es posible alinear la cintura sin perder mucho peso? Si, por medio de gimnasia. ¿Es posible dar esbeltez a las caderas sin que la figura pierda sus curvas y sin que el estómago adelgace tornándose ineficaz? Si, por medio de la gimnasia. ¿Es posible expandir la línea del busto y al mismo tiempo reducir el abdomen prominente? Si, por medio de la gimnasia. ¿Puede sólo la gimnasia, sin el control inteligente del régimen alimenticio, disminuir el exceso de peso? No.

La gimnasia debe ser practicada con método. Sin método no habrá resultados positivos. Entre los muchos movimientos de gimnasia casera que se recomiendan a nuestras lectoras no tendrán di-

ficultad en seleccionar aquellas que más convienen a sus necesidades.

Y recuerdese que:

Lo más difícil de corregir es la parte superior de los brazos cuando se torna flácida, y los brazos gruesos. Un abdomen prominente se corrige con facilidad porque la gimnasia retuerce y estira rápidamente los músculos grandes que forman una línea horizontal. Cuando estos músculos, y aminoran hasta una persona delgada muestra un vientre prominente; cuando están relajados, se aflojan y se mantienen en su lugar con una buena postura, tal prominencia desaparece. Los mejores y más rápidos resultados se obtienen con la buena postura. La gimnasia correctiva del pecho ayuda a adelgazar la cadera y reducir el abdomen, a aflojar la cintura y a expandir el pecho, reduciendo la silueta.

Lecturas escolares

LA PATRIA

Todos los hombres tenemos una patria, como tenemos una madre que nos ha dado el ser. Esa Patria ha costado grandes sacrificios a quienes la formaron y por eso debemos conservarla y acrecentarla en toda su contenido de glorias, de recuerdos y de esfuerzos comunes. Mostramos nuestros amores a ella con los propósitos y ahelos de una vida cada vez mejor, por todo el bien que realicemos no sólo para nuestra

sino para la humanidad entera. No basta que habiemos sido filialmente de nuestra patria; es preciso que seamos patriotas de verdad y que lo revelemos aumentando el tesoro de la cultura que hemos heredado de nuestros antepasados, para que esa patria, que tenemos que restituir a nuestros descendientes sea cada vez más libre y cada vez más dueña de sus propios destinos.

ELIAS LEBON

CRONICA DEL JAPON

YO no duermo. En la temblorosa expectación que precede a un acontecimiento, el sueño no tiene cabida. Y para mí la llegada al Japón es un acontecimiento.

Las cuatro de la mañana. Un cielo gris y espesa neblina, pero ya distinguo perfiles flúidos de montañas costeras. Luego llego a una que otra, lejanas, lúidas. Qué impaciencia, qué curiosidad en aumento. Ya estoy en cubierta y no me doy cuenta de que hace mucho frío, hasta que Raymond, mi marido, me pone sobre los hombros algo verde: mi abrigo mexicano, de lana cardada en Oaxaca. Y pienso con emoción que a México lo llevo yo por el mundo, sobre los hombros y dentro del corazón, amorosamente. La gruta toma café, como al meso que, no me interesa. Yo me bebí el paisaje, me atraganté de neblina por los ojos, y de agua gris con espumas muy blancas. Es la madrugada que se vuelve mañana.

Avanzamos cerca de una costa gris oscura, bajo un cielo gris más claro, sobre unas aguas grises. Lánguidos pájaros marinos nos dan la bienvenida. Pájaros blancos con el reverso de las alas negro. Barcas a lo lejos, muchas barcas negras. Lanchas de motor que se acercan negras, grises, blancas. Tienen nombres escritos en japonés, en letras blancas, grises, negras y las gentes tienen sus ablicenos.

Saludos y gritos: HELLOO! (este grillo no tiene color) OBAAYO! (este, buenos días, tiene color de dientes, porque ves muchos) — Barcas y barcas a babor y a estribor, y pájaros y espumas de las estelas de las lanchas de motor que hacen círculos veloces.

Ya vamos bahía adentro. La entrada oficial al puerto de Yokohama, en la bahía de Tokyo, la marcan dos estructuras salientes, arcos sobre el mar, pintadas en blanco y negro. El taño tiene techo de pagoda. Atravesamos las redes raza-submarinos, tres en total, que se abren al paso de los buques como las esclusas de un canal y estamos en la rada. Sorprendente movimiento de barcos de todas las calados, de todos los tamaños, de todas las nacionalidades: transportes de guerra color de soldado, barcos tanque, color de petróleo, barcos de la marina mercante, barcas negras, barcas, en las que las gentes negras y blancas, pequeños SAMIPANES, frágiles, con gentes frágiles adentro. Mástiles, chimeneas blancas, grises, rojas, motores, chimeneas, humo negro y humo blanco, pájaros, siempre pájaros. Y a la hora nieve. Tan suave y silenciosa la nieve, y tan escardoso, el ruido de la cadena del ancla. Hombres "anterrado".

Una banda toca un marcha de bienvenida occidental, en un mueble lleno de gente oriental. Una escuela de niñas recibe a su profesora de inglés; entre ellas descubre una carita que me encanta. Es la cara de mamá, cuando tenía doce años. La pequeña se da cuenta de que la estoy mirando y bajita tiñe su preciosa cabeza pelada, a lo cola de caballo. Pero rápidamente vuelve sus ojos rasgados hacia mí veniendo de cubrirse con sus manos, con los

puerto, al muelle, y me sonrío con un montón de dientes. Yo le sonrío también y le hago un saludo con la mano y la conquista. Me repiesta, con la mano, con un pañuelo, con un libro que no sé donde poner. Sus compañeras descubren el juego, y tengo entonces muchos pares de ojitos largos mirando hacia mi ventana, y todas agitan sus pañuelos, y siento como si el recibimiento hubiera sido para mí, enviado desde la raíz de los siglos por aquello que tenemos en común con ellas, mi madre y yo. Raymond me saca un montón de lágrimas que me caen sobre el reboso y que me saben bueno. La niña japonesa me ha hablado en el idioma del alma.

Se ven muchos kimonos, en colores oscuros, porque en su poética tradición, los claros se usan en la infancia, los más vistosos en la juventud. Cuanto más vieja la mujer, más oscuro el kimono, en un declinar de colores, de acuerdo con la fuga de los años. Zapatos de madera, anchos cinturones rematados por un enorme moño chuto, primados enormes paraguas de papel impregnado. Esta sería la forma sobria y profana de tratar el vestido japonés, que no se llama vestido, como tampoco se llaman zapatos, ni cinturón, ni moños. El traje en el Japón es algo más bello, muy fino y muy complicado. Es una linda historia que se remonta a la época en que sus dioses trajeron de alguna parte la tierra con que formaron las islas, y tiene un sentido místico, artístico e histórico. Es tradición y est leyenda viva. Y no hay nada más digno de ser tratado con respeto y unión que aquello que ha sido elaborado con material de ensueño.

Llueve ahora, y los descargadores se cubren con curiosas capas hechas con paja de arroz, y me recuerdan los vestidos de los chiquillos de la Escuela Mauro-Fernandez, en la Fiesta de los Pájaros. Dulces recuerdos de mi tierra patria.

Tomamos por la carretera que conduce a Tokyo. Buena carretera, bien pavimentada. Atravesamos Yokohama, que dejamos para ver de última en detalle. Ya no llueve y parece que va a aclarar. Hombres y mujeres llevan los mismos paraguas enormes y livianos, de papel impregnado de goma pez. Muchas mujeres, y algunos hombres, vestidos a la occidental por comodidad, caminan a paso rápido, cortos y chancleado con sus incómodos zapatos de madera, plataformas sobre tacones transversales. La humedad es grande. Los niños llevan botas de hule altas todos. Humedad buena para los afrozaletos que se extienden a ambos lados de la carretera. Casas, casuchas, pequeños puentes sobre rios barrialesos. Torres de grandes fábricas a lo lejos, instalaciones eléctricas que afean el paisaje. Las casas a lo largo de la carretera son feas, de madera sin pintar, ennegrecida por la humedad, con techos cóncavos, muchas, muchas ventanas pequeñas, con celosías de madera, ennegrecidas también. Algunas tienen vallas altas de madera, y dejan adivinar pequeños jardines apretados, escondidos y aquí y allá, alguna casa más grande tiene un pórtico precioso, de madera negra, ennegrecida mejor dicho. Todo tiene patina, todo está como cansado, y abatido también. Y sin embargo, hay una actividad de hormiguero humano dentro de todo. Volviendo al paisaje, dominado por las montañas, dominado por las

Dibujo de
Juan Manuel
+
Por
Clara Odilia
Vargas de Schuder



y la madera vieja, de los árboles que se adivinan detrás de las vallas y del verde de los PADDYS de arroz, me doy cuenta de que hay una gran belleza en su oscura fealdad. Hay una gran armonía, hay una erguida soberbia, hay un seguro desplante, que si pudiera gritar, gritaría triunfante en contra de la Sherwin-Williams o de la General Paints: "Así hemos sido, y así queremos seguir siendo, y lévense sus botes de horrible pintura de colores para pintar las ciudades de almanaque de los nuevos ricos que necesitan alegrarse el espíritu con colores, porque no saben nada del místico placer de ser triste, y parecer pobre. A si nos es más cara la luz de los crepúsculos, la cresta nevada del Fuji, la apoteósica floración de los cerezos".

A la mitad del camino, la serena sobriedad se había adueñado de mí y me ayudaba a preparar el espíritu para saborear debidamente las emociones por venir.

Una vuelta del camino, y encontramos los primeros cerezos en flor! Gráciles arbolitos de troncos y ramas negras, frágiles; tienen geometría, son hechos de líneas quebradas. No saben de la curva más que los fillos de sus pétalos rojos. Pero también hay cerezos blancos. Y a través de sus ramas enojadas, tuvimos nuestra primera visión del Fuji-Yama.

Sagrado Fuji! El monte más bello del mundo! Su belleza sobrepasa los límites de lo describible para aquellos que miran a través de la emoción, pero niñas aún por quienes sienten las cosas no por su forma ni color, sino por ese algo intangible, esotérico, más terroso, enraizado gravemente en el génesis de las cosas y de uno mismo como parte de ellas. Tal vez por esto mi primera visión del Fuji-San no fué una rara coincidencia, sino una generosa invitación a participar en el misterio de las cosas, en la ruta que lle-

grandes religiones antiguas. Por esto los Kami venerados en el Shintoísmo, son además de los antepasados de los distintos clanes, las divinidades de la naturaleza: las de las montañas y de las llanuras, las de las estaciones y de las horas, las que murmuran entre la hierba y danzan sobre las ondas. Además de Amaterasu la diosa del sol, de la que desciende la dinastía imperial japonesa, las grandes deidades son: Tsukuyouhino-Kami, por su medio la luna derrama sus rayos de plata sobre el mar de Isé; Izanagi e Izanami, que trajeron y colocaron en su lecho de mar a la tierra del Archipiélago, y SENCEN, la diosa del Fuji-San, cuyo espíritu habita en los árboles florezcan.

Hay razón para considerar al Fuji, la montaña más linda del mundo, en realidad lo es. Es de una belleza hecha de suaves armonías: la de las formas, la de los colores, la de las líneas desvencidadas y lejanas de las otras montañas, la de las praderas ondulantes, la de los lagos quietos y dormidos, la de las olas crepando. Su aspecto cambia, según el lugar desde donde se lo contempla; según la hora, y según el espíritu de quien lo contempla. Tiene la rara cualidad de mezclarse con el paisaje, sin la rivalidad entre montaña y llanura, como una prolongación hacia lo infinito de una tonalidad, de un modo de ser. Yo no lo llamaría hermosa, ni siquiera bello, ni espectacular ni soberbio. Le hace más honor la palabra sublime, serenamente, porque tiene un algo de divinidad propia, sin que sea necesariamente la que le ha concedido la creación de un pueblo. Esto, haber sido inspirada más bien por su calidad, divina de nacimiento. Y así se nos brindó sublime, desde los PADDYS de arroz y los campos de té, en el camino de Tokyo, a través de los cerezos y de las montañas, en la ruta que lle-

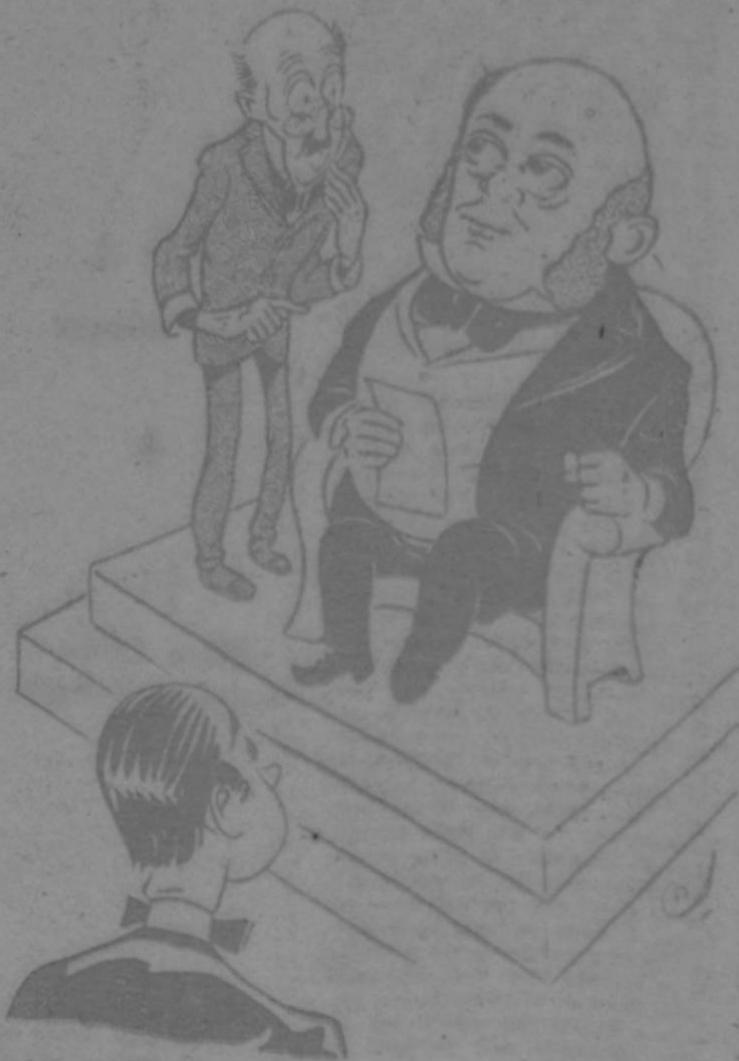
...a Kamakura, y como queda gloriosa al final de los caminos poblados de cryptomerias gigantes.

Atravesamos el puente sobre el río Sumida, y entramos en los primeros barrios de Tokyo. Sorprende la vista los miles de rótulos, escritos en los bellos caracteres japoneses, y sólo muy de vez en cuando, se ve algún rótulo en inglés; más bien, una traducción de un aviso o una señal de tránsito como por ejemplo, una muy graciosa, en una curva de la carretera: **BEG SLOW TRAFIC**, por *Please drive carefully*. Comercio apretado, tranvías apretados (y pintados de verde), camiones con tanta gente adentro, puerta con tanta gente afuera, gente, gente, qué cantidad de gente! Después de Londres, que tiene ocho millones de habitantes, Tokyo con más de seis millones, no Nueva York primero, con siete millones, y tercero Tokyo. En las afueras de la ciudad los edificios son bajos, de uno o dos pisos, de madera, muy sencillos, de una estructura muy común en casi todas las ciudades orientales, difieren en la forma de los techos, en la elaboración de los detalles. Más cerca del centro de la ciudad, construcciones más grandes, casas amplias con pórticos anchos, elegantes. La ciudad propiamente moderna, con hermosos edificios de comercio, bancos, tiendas. Después de la gran destrucción de la guerra, surgió una ciudad nueva, elegante sí, pero europeizada, en ciertas secciones, americanizada en otras. A simple vista, es una ciudad sobre elegante, callada, con mucha gente callada también. Con muchos ojos inteligentes que no dejan ver todo lo que sus dueños están pensando. Creo que debajo de cada sonrisa ocultan una maldición para el americano, al que detestan, a pesar de las promesas de amor que se han jurado. Su industria es potente hoy día, rivalizando con validad con lo mejor de lo mejor. En fin, que la Tokyo moderna es una bella ciudad llena de una actividad silenciosa muy impresionante, como los conjurados, que encuentran su razón de ser en el contraste espiritualmente turbador de las grandes construcciones modernas de acero y concreto, con la fragilidad aparente de las pagodas, cuyos techos escalonados y rojizos desafían la estandarización amenazante.

Peró al hablar de la ciudad moderna me refiero al núcleo central de edificios, grandes y bellos que ocupan la sección de la ciudad, pues al mismo tiempo existen en la misma, todas las antiguas construcciones que la guerra dejó en pie y que han sido reparadas, y la ciudad abunda en lugares de interés, de los que el mayor es el Palacio Imperial. Ocupa un área de 250 acres, rodeado de una hermosa muralla de piedra y un foso sobre el cual se inclinan millares de sauces horrones. No está abierto al público más que el 29 de abril, fecha del cumpleaños del Emperador, pero se puede llegar hasta el final del primer puente curvo, que alcanza hasta la enorme verja y portón de entrada. Pinos, además de los sauces cubren el tope de la muralla de granito, y los bellos techos escalonados del Palacio se asoman entre sus ramas. El aspecto general es de una grande y solemne belleza; el famoso Hotel Imperial, reapagurada recientemente, es de complicada estructura; externamente de ladrillo, lo terminado de seda y oro; muchos salones pequeños, regimiento decorados, demasiado elaborados para nuestro simplificado gusto occidental. El precioso edificio llamado La Dieta, situado en un promontorio de los jardines del Palacio Imperial, todo decorado por dentro con armarios japoneses,

Anekdolario Nacional

de CARLOS FERNÁNDEZ MORA



ON Braulio Carrillo fue un gobernante que alberga un alma grande y enérgica. Ejerció el poder con mano férrea. Su vida y su obra pueden ser ejemplo de honradez y generosidad para las nuevas generaciones. Al regresar de un viaje por el exterior un joven estudiante, que según cuentan fue tomado como instrumento para comprar armas y municiones por gentes adineradas que trataban de derrocar el gobierno de Carrillo, fue llevado

a presencia de don Braulio por uno de los contatantes de su retel.

En presencia del señor Carrillo, el joven estudiante empezó a balbucear y a ponerse palida del susto.

El presidente de la república con voz grave, pero a la vez de mostrando la poca importancia que le daba al movimiento revolucionario fraguado en su contra, le dice:

—Digame, jovencito, ¿USTED CONSULTÓ CON SU MAMACIA ANTES DE METERSE EN ESTE LIO?

(La Dieta la forman la Casa de los Consejeros y la Casa de los Representantes). — Visitamos los jardines de la Universidad de Tokyo, pues es famoso en ellos el llamado AKAMON, o Puerta Roja, que es una reliquia de los Maradas, (un clan muy poderoso en los tiempos feudales que es considerado actualmente parte del tesoro nacional AKAMON, es también el nombre por el que familiarmente se conoce a la Universidad, la más vieja y grande del Japon). También visitamos los jardines llamados RIKUGLEN, algo de lo más bello que puede verse en jardines en el mundo entero, hechos por los grandes maestros jardineros del antiguo Japon, pero cuya descripción no puedo hacer, porque no terminaría nunca esta, y ya los debo tener agotados, estas, pues, templos, pórticos, famosos arroyos soberbios; todo lo que se puede ver, en el dicho se debe ver en una ciudad que a paraguano, que orgo de rosas exquisitas, que derroche de elaboración de diademas.

blalde rosa sterna, perdurable, es cura de su valor artistico, de su función vital de belleza en acción, proyectándose en el tiempo con todo el valor y la fuerza de un pasado riquísimo, y de una tradición milenaria de cultura artistica, sirvo que en esta alocada descripción no puedo dar una idea de aquel conjunto extraordinario, pero ya la paciencia de ustedes debe estar llegando al límite. Cerró aquí mi capítulo de Tokyo. Me atajé de mi precioso Ginza, con sombrilla, abanicos y faroles. Los ojos llenos de belleza, y los oídos de aconijos extraños. En la boca un sabor de té perfumado, saboreado en tazas de minutas, exquisitas, listanas como pétalos de flor, y en el alma una sensación de pertenecer un poco a todo aquello. Tal vez por aquella de que, como se ha dicho, en la fragilidad hay eternidad y perdurabilidad.

—Dejamos Tokyo para tomar la ruta a Kansaijura; pero esta lista...

Cultura en el Mundo

EN FONDO DE LA AMERICANA ARTES LA COMPRENSION INTERNACIONAL

Se han sembrado las relaciones y contactos entre 54 países, entre las actividades del Dr. Eric Chapman en los Estados Unidos.

El Fondo también ha mil dólares donados por amigos de Mrs. Chapman como homenaje a su labor ciudadana educadora en el mundo que trabaja por la paz y la libertad. Ha una gran obra al gobierno contacto con países de varias de varios países para organizar cientos de ciclos de países donde tales programas se expresen de la vida activa y asimilada en Italia, un programa de educación para el mundo por parte de la Sociedad de la Tierra el Analfabetismo.

CREMA de ALITRE-ADRES FLORA SUAVIZA REFRESCA NUTRE Y DA HERMOSURA A SU CUTIS

Usela diariamente antes de empolvase

Wright y su última Novela Negra

Por RAMON SENDER



A música y la danza negras han influido en el conjunto de las artes del viejo y del nuevo continente. También los negros escriben; pero la literatura de los negros es blanca, quizá por la fuerza del instrumento: el idioma. Una literatura negra exigiría el idioma de los primitivos nativos, entre los cuales había poesía muy rica y muy original. La poesía "negra" norteamericana de hoy es tan elaborada y culta como la de Oxford. La novela tampoco se distingue substancialmente de la que cultivan autores como Faulkner o Farrell. Se llama "negra" simplemente porque el tema central consiste en la violencia del contacto de las dos culturas. Si ese contacto es sólo tangencial, no hay drama. Si es intersticial, como en las novelas de Wright, hay drama y tragedia. La última novela de Richard Wright es un sorprendente ejemplo.

Según "Columbia Enciclopedia", hay en Norteamérica trece millones de negros; es decir, algo menos del diez por ciento de la población total. En unas partes, los blancos "discriminan" a los negros. En otras, los negros discriminan a los blancos o a los chinos o a los mestizos de indio y blanco. No puedo menos de recordar con humor a un negro que decía un día de elecciones, en una aldea medio mexicana de Texas: "Sólo faltamos por votar los anglos". Lo decía visible e infantilmente satisfecho.

Entre los negros norteamericanos hay artistas, escritores, sabios y toda clase de hombres de profesiones liberales. Tiene incluso un Premio Nóbel. El hecho de que existan novelistas de primer orden demuestra que la asimilación de la cultura occidental es completa, ya que la novela es el género más complejo y evolucionado. Es también, por esta razón, el último género literario que aparece en la historia de los pueblos. La novela que Richard Wright acaba de publicar: "The Outsider" ("El extraño", o más exactamente: "El Excluido"), es de una plasticidad y de una belleza diabólica.

Wright es considerado, desde hace diez o doce años, como el novelista negro más genuino de los Estados Unidos. Alcanzó popularidad con su novela "Native Son". Antes había publicado una colección de cuentos de un realismo poético titulada: "Los Hijos del Tío Tom". La novela "Native Son" ("Hijo del País") obtuvo una inmensa resonancia, casi tanta como en sus tiempos la famosa "Cabaña del Tío Tom". Pero por razones muy distintas.

Los tiempos son otros. En la "Cabaña" se planteaba la tragedia de la esclavitud del negro. En las novelas de Wright se trata del problema de la libertad, que puede ser también trágico. El esclavo quería ser liberado. Cuando el negro o el blanco son libres aparecen otras dificultades. La primera consiste en la ordenación, clasificación y jerarquización de sus deseos y ambiciones. Después hay que movilizar las aptitudes para conseguir lo que se proponen. En esa lucha por el pleno desarrollo de su personalidad, la libertad crea conflictos nuevos y sutiles. Y no es extraño que para muchos la cuestión capital de la vida sea —humorístico dilema— la elección entre una es-

tividad impuesta y otra escogida libremente.

Todos sabemos que en el mundo de los blancos, los negros tienen desventajas. No basta con el buen sentido y la inteligencia para suprimirlas. Los comunistas hacen uso de su habilidad demagógica para explotarlos, sin resultado visible hasta ahora. Los tipos de organizadores comunistas que presenta Wright en sus novelas son gente pintoresca. Parece que se agradecen a sí mismos su propia benevolencia cuando tratan a los negros "como a iguales". Ese tipo de protectores debe hacer reír a los negros. La verdad es que nadie ha explicado las dificultades secretas del contacto intersticial entre los grupos culturales blanco y negro como Wright, quien en un tiempo creyó en el comunismo y conoció la demagogia racista o antirracista. "The Outsider" plantea el problema, no sobre la base de la diferencia de niveles, sino de la desigualdad de planos en un mismo nivel. Después de obtener la libertad política, queda todavía el problema de la liberación interior.

Hace observar Wright una circunstancia que, a la larga, constituirá una ventaja para el negro. "Los negros son excluidos y separados —dice un personaje en su novela—, y lo saben. Viven fuera y, sin embargo, están "dentro". Siendo negros, están obligados a vivir al mismo tiempo dentro y fuera de nuestra cultura. Eso acaba por darles una doble visión". Es verdad, y esa doble visión va proporcionándoles, poco a poco, una agudeza y agilidad de reacciones, que hoy mismo hacen de un negro americano fuera de América —en París, en Londres, en Madrid— un hombre muy superior a los de su nivel social equivalente. Yo he conocido en París algunos negros, entre ellos, uno casado, por cierto, con la hija de una de las grandes damas de la aristocracia de Londres, con el escándalo consiguiente.

No hay duda que la inferioridad de los negros en relación con la cultura de los rubios irá convirtiéndose, poco a poco, en una ventaja. Siempre ha sido así a lo largo de la historia. Una inferioridad persistente acaba por desarrollar aptitudes de defensa imprevistas y compensacionales de veras incalculables.

Pero volviendo a la novela de Wright, muchos de los problemas que se plantean a Cross Damon, el protagonista negro, son más o menos frecuentes entre los blancos: un matrimonio desgraciado, una esposa con tres hijos a los que tiene que mantener, otro amor extraconyugal con una muchacha de dieciséis años. Dificultades económicas, lucha interior. El deber y el deseo. Y la sensación de ser empujado por la naturaleza fuera de la ley. El hombre que hay en Cross Damon es incompatible con el ciudadano. El deseo va por un lado, la reflexión por otro. En un hombre como Damon, culto y de conciencia alerta, la dificultad es mayor. Pero la resolvería como otros la resuelven si no tropezara en la vida con alguien que le dice que estar fuera de la ley es ponerse en condiciones de gozar de un placer nuevo: la libertad verdadera, y con ella, la voluptuosidad del poder. Ambos en un plano superior a los blancos, superior a los negros.

Hay en "The Outsider", cuyo argumento es melodramático como suele ser en las novelas modernas, un incidente curioso. El protagonista, un incidente curioso. El protagonista, un incidente curioso.



Perfume intenso y sugestivo



VIOLETAS del DON

Dana

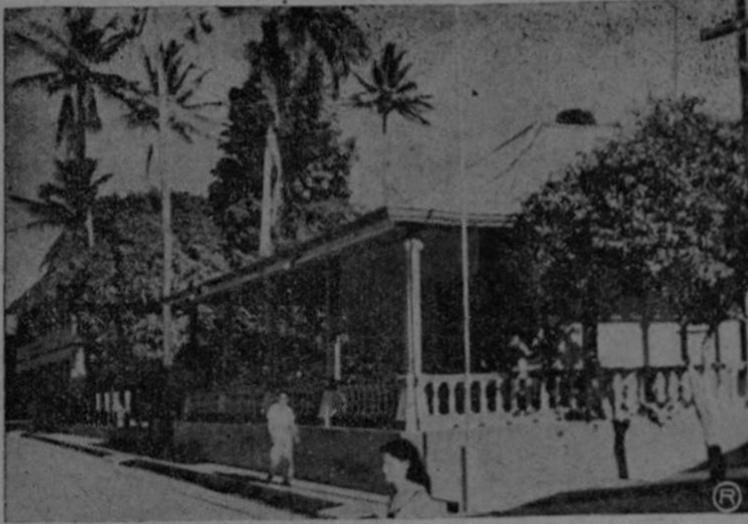
to en una catástrofe del "metro" de Chicago. Cuando el negro ve su nombre en la lista de las víctimas, se encuentra libre de todas sus angustias. Desaparece la responsabilidad por la esposa abandonada, por los hijos, por el amor ilegítimo que le persigue con la amenaza de otra paternidad. Es otro hombre. Las deudas económicas, como las deudas morales, desaparecen. Consigue falsos papeles de identidad y se va a vivir a Nueva York como un individuo nuevo y sin historia. En la gran ciudad, la pobreza, la bohemia de Greenwich Village y la tentación política lo llevan de lle no a "disfrutar" de esa voluptuosidad dudosa del que se sitúa por encima del bien y del mal. Poco a poco, va resbalando hacia el crimen. Mata a tres personas en circunstancias de una aparente y casi convincente fatalidad. Después se ve a sí mismo caído en la oscura sima de las víctimas. No de las víctimas de la ley ni de la sociedad y ni siquiera del destino, sino de sí mismo. Al final, el lector de la novela se encuentra con que ha estado tratando de identificarse con un monstruo. Su monstruosidad consistía en no alcanzar a salvarse de la esclavitud de los instintos.

El héroe de Wright es realmente un monstruo. La culpa de todo está en la atonía moral que le produce el primer paso. El hombre blanco rechaza a Damon; pero éste sabe que la amoralidad es una forma de la voluptuosidad del poder. Los comunistas estimulan esa ilusión, que en el negro y en el blanco y en el amarillo es probablemente innata, y que todos los hombres tienen que contrarrestar y vencer alguna vez en la vida. La "doble vista" del negro no le sirve, en realidad, si no para acabar de hacer consciente la necesidad y la imposibilidad de la liberación interior. Esto constituye el "climax" de la novela que, como se ve, es más ideológico que dramático. Pero no por eso menos patético y convincente. El problema de la liberación interior puede ser tan trágico como es en la "Cabaña del Tío Tom" el de la esclavitud.

Wright expone y desarrolla un aspecto nuevo de la cuestión racial. No hay que considerar como inferioridad racial lo que en definitiva es a menudo imperfección y debilidad humanas, lo mismo en una raza que en otra. Cuando el negro piensa: tal vez soy un monstruo, el blanco podría pensar lo mismo, si atendiera a la confusión de sus inominables impulsos que lo llevan no sólo a aceptar el crimen, sino a estimularlo en el hombre esclavo aún de sus instintos y fácil a la influencia exterior. Si en la novela anterior de Richard Wright, "Native Son", triunfa la reflexión a través de la defensa que del criminal hace su abogado Max, en ésta no hay sino un encadenamiento sin solución de los impulsos ciegos y fatalmente contrarios al interés de la sociedad. ¿Existencialismo? Bien. Con frecuencia la definición no es sino una cuestión de etiqueta, y la etiqueta una cuestión de moda. En la novela de Wright, como en la de Steinbeck "East of Eden", hay poca esperanza aparente; pero hay la que va implícita en el hecho realmente noble de la interpretación y del conocimiento de los términos del conflicto.

Lo más arduo del problema negro consiste en gran parte en un error de planeamiento y enfoque. Todo el mundo lo considera desde el ángulo de la inteligencia y la prudente reflexión, y halla soluciones teóricas excelentes: tolerancia, generosidad, humanitarismo. No hay un hombre culto que se atreva a pensar que el negro, por el simple hecho del color de su piel, deba quedar excluido de algún privilegio social. Pero la razón no resuelve un problema que se plantea casi siempre en el turbio mundo del inconsciente y de lo abismal y del caos de la vida instintiva. Es el impulso y no la razón, es la voluntad y no la reflexión lo que determina la enemistad y el odio de razas dentro y fuera de América. Y ahí es donde la dificultad aparente se hace insuperable. Esperemos que libros como el de Richard Wright contribuyan más cada día a hacer luz sobre el problema y a eliminar los obstáculos.

LIBERIA



El Cantón Central de la Provincia de Guanacaste limita al norte con la República de Nicaragua, al sur con los cantones de Carrillo, Santa Cruz y Bagaces, al este con la provincia de Alajuela, y al oeste con el Océano Pacífico.

Su suelo es plano hacia el centro y el sur, y ligeramente quebrado en la parte norte. Está regado por los ríos Sapoá, Ahogados, Liberia, Salta y otros menores.

Su principal industria es la ganadería, así como también la explotación de maderas finas y de tinte. Hay terrenos apropiados para arroz, frijoles, maíz y legumbres. En las partes altas se han hecho plantaciones de café con buen éxito.

La ciudad de Liberia, cabecera cantonal, lo es también de la provincia. Está situada en un llano, a orillas del río Liberia y sobre un suelo cubierto de arenas blancas que reflejan los rayos del sol, y que de noche, en tiempo de luna, ofrece un bello aspecto: de allí el nombre de Ciudad Blanca con que se le designa. Su altura es de 151 metros sobre el nivel del mar y su clima cálido pero muy sano.

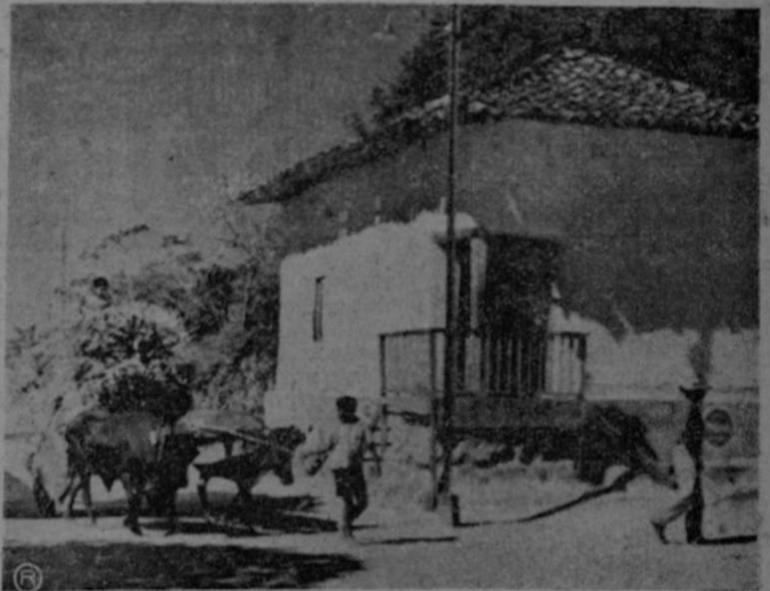
En los últimos 25 años, la ciudad de Liberia ha progresado notablemente: posee buenos locales para escuelas, el hospital, el cuartel militar en donde se aloja la guarnición; el edifi-



cio de la Gobernación; el de las oficinas judiciales, telégrafo y correo. Hay dos iglesias católicas, casa cural, un jardín público con kiosko para los conciertos musicales, plaza para deportes, campo de aterrizaje, cafetería de agua potable y luz eléctrica.

En el presente año quedará al servicio y hasta más allá de Liberia, la Carretera Interamericana, permitiendo la comunicación constante, fácil y cómoda desde la capital de la república.

(Notas, gentileza del ingeniero don Jaime Granados Chacón)



FUE creado por ley N° 20, de 24 de julio de 1867. Su población actual excede de los once mil habitantes. Es el Cantón Central de la Provincia de Guanacaste. Y consta de los 3 siguientes distritos: Liberia formado por la ciudad del mismo nombre y los caseríos de El Gallo, Curubandé, Santa Inés, Montañita, La Arena, Santa Ana y Guardia (antes Buenos Aires); Cañas Dulces, que integran el barrio de esa denominación y los caseríos de García Flamenco (antes Quebrada Grande) y Los Ahogados; y La Cruz, que constituyen el barrio de ese nombre, los caseríos de Pocitos, Plan de Rosas, Guapinol, Soley Güell (antes Salinas), Huacalito, Copalchi, Peña Blanca, Las Vueltas, El Cacao, Las Brisas, Paso Malo, La Garita, La Estrella, Los Andes (antes Noventa y Ocho) y Santa Cecilia, las Haciendas Animas y San Dimas y la finca Los Angeles.

